

"Experiencias de Construcción de Paz en contextos de Diversidad"

Universidad Lasalle Oaxaca

12 de mayo de 2017

Fr. Raúl Vera López, O.P.

*"Hace falta volver a sentir que nos necesitamos unos a otros,
que tenemos una responsabilidad por los demás y por el mundo,
que vale la pena ser buenos y honestos.
Ya hemos tenido mucho tiempo de degradación moral,
burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad,
y llegó la hora de advertir que esa alegre superficialidad nos ha servido de poco.
Esa destrucción de todo fundamento de la vida social
termina enfrentándonos unos con otros para preservar los propios intereses,
provoca el surgimiento de nuevas formas de violencia y crueldad
e impide el desarrollo de una verdadera cultura del cuidado del ambiente (LAUDATO SI'. 229)*

Se acabó el recreo. Resumen

La necesidad de hablar de construcción de paz parte de la terrible realidad (social, política, económica, cultural y civil) que de manera generalizada tenemos en nuestro país; la destrucción y la crueldad que hay entre nosotras y nosotros, nos forzan a hacerlo. La marginalidad y precariedad de diversas áreas, no sólo de la ciudad y del campo, sino de múltiples sectores poblacionales desarticulados o inmersos en las filas de la economía y la sociabilidad criminales, nos hablan de la deshumanización que estamos experimentando tanto en el ámbito personal como en el colectivo. La miseria, la desigualdad, la indiferencia, la apatía, la discriminación y la violencia tienen rebasado a nuestro tejido social, pues la columna vertebral nacional, está resquebrajada -tejido social entendido como una noción configurada por vínculos sociales e institucionales que nos debieran permitir la unión e identificación dentro de nuestra vida social-. Un texto reciente de los jesuitas de México habla de vínculos, identidad y acuerdos, como determinantes comunitarios del tejido social y agregan: "La política mexicana es heredera de cacicazgos y compadrazgos que actúan de manera paralela a las instituciones, y existe una falta de movilización ciudadana porque se perdieron los referentes comunes capaces de cohesionar a la sociedad para hacer frente a esta fragmentación" (Jesuitas por la Paz, 2016, p.203).

Hay quienes dicen que debe hablarse de reconstrucción, mientras hay otras personas para quienes es imprescindible construir de nuevo, desde los cimientos. Aquí la idea central será entender la importancia de nuestra participación en la vida de México, comprendiendo la realidad a partir de la historia -sobre todo la más reciente- para poder continuar nuestro camino. La profundidad con la que debe tratarse este tema, depende de nuestro interés por nuestra patria y debe hacerse desde una reflexión sincera que surja desde del corazón, considerando también la palabra y la conversación en la que se puede escuchar y participar, hasta el trabajo de grupo con perfil interdisciplinario, intergeneracional, interreligioso, interinstitucional, intercultural donde toda persona es importante y ninguna es excluida, ni humillada, ni discriminada, pues en el proyecto de este mundo, entramos todos y cualquiera. La realidad nacional, la necesidad de incluir a toda persona sin excepción, y la diversidad del país, son las tres áreas en las que me detendré para hablar de la construcción que debemos hacer.

La realidad de un país destruido en forma deliberada

Uno de los rasgos peculiares y devastadores de México está representado por la existencia de una dimensión criminal de la economía, que ha alcanzado niveles tales que condicionan y trastornan cada ámbito de la vida económica, social y política del país. Coexisten entrecruzadas una "economía criminal" de proporciones gigantescas y una "criminalidad económica" difusa y profunda, que en conjunto contribuyen a hacer más graves e incontrolables los efectos negativos de la política económica neoliberal, que el equipo de gobierno que está al frente de esta nación ha adoptado como estrategia política.

Las políticas económicas de cuño neoliberal impuestas por el gobierno mexicano, tienen como finalidad fundamental favorecer el enriquecimiento de un grupo muy reducido de mexicanos, tanto quienes manejan el campo productivo empresarial, como de quienes manejan los mercados financieros. Pero el enriquecimiento de élites empresariales y financieras no termina en las fronteras de México, sino que se extiende para beneficiar a las élites internacionales de esos mismos campos. Aquí estamos hablando de lo que en México se considera una economía "lícita", abiertamente aceptada como economía legal, que se mueve bajo la cobertura de un andamiaje deshonesto e injusto, construido a partir de las reformas estructurales que entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo han operado sobre la Constitución Mexicana. El Estado mexicano facilita las cosas en forma deliberada para que unos cuantos acumulen el dinero a costa de la pauperización de la mayoría de las y los ciudadanos.

A esta desgracia ya enorme para el pueblo mexicano de una economía de muerte y dolor sustentada y promovida por las estructuras política, empresarial y financiera del país, en colusión con ese sistema económico que impulsa el gobierno, se agregan otras estructuras que los conoedores del modo en que operan las mafias de la droga y todas las demás actividades ilícitas conexas, denominan con el término "economía criminal". Por otra parte, también tenemos actuando a los mafiosos de cuello blanco que desde el interior de los mercados financieros generan un fenómeno igualmente pernicioso al que los expertos le aplican el término de "criminalidad económica".

La economía criminal tiene en México una incidencia extraordinaria; se conforma por un sector amplio y ramificado que obtiene sus ganancias de un largo espectro de actividades ilícitas: el tráfico de drogas realizado por los distintos cárteles del narcotráfico que operan en el país y generan enormes beneficios ilegales, el contrabando de armas de fuego, la explotación de personas migrantes cometida mediante secuestros, extorsiones y chantajes, el lavado de dinero proveniente de la droga y de las otras actividades ilícitas, realizadas principalmente en Estados Unidos. Otra característica de quienes operan en la economía criminal es el recurso sistemático de la corrupción de los representantes políticos y funcionarios públicos, con lo que se deja indefensa a la población, y se contribuye a la destrucción del tejido social, al romperse los hilos del sistema de gobierno en los diferentes niveles y en la misma comunidad.

El balance trágico de la persistente ofensiva criminal, que tuvo una escalada impresionante a partir de los años ochenta, lo representa la larga cadena de víctimas civiles. Otra consecuencia grave del mismo fenómeno es la pérdida de control de amplias zonas del territorio por parte de las instituciones públicas.

El sector de la economía criminal, con sus inusitadas dimensiones y con la horrible crueldad de sus métodos, coexiste y convive con una difusa criminalidad económica, la criminalidad de los delincuentes de cuello blanco. Esta forma de criminalidad encuentra en México muy pocos obstáculos por la casi total ausencia de normas regulatorias de los monopolios, de reglas eficaces sobre la operación de los bancos y sobre la transparencia financiera, de instrumentos de obstrucción oportuna del lavado de dinero sucio y de formas de manipulación del mercado financiero. En México, la contención de los delitos económicos y administrativos más frecuentes (la corrupción, los abusos de los funcionarios públicos, los crímenes fiscales, el lavado de dinero) parece inexistente o ineficaz, mientras el balance de la verdadera y propia acción penal es absolutamente negativo y produce una altísima tasa de impunidad.

En la actitud de los poderes económicos se identifica una de las causas que han concurrido a determinar la pasividad de la jurisdicción penal en el país, reducida a una condición de sustancial impotencia, y a delegar inapropiadamente a los militares y a la armada naval el combate del narcotráfico en las calles, con la larga secuencia de abusos, violencia y crímenes que los han caracterizado.

La necesidad de integrar en su reconstrucción a cada persona, cada familia, cada grupo, cada sector social en la conformación de un país articulado en los valores

La riqueza que tenemos en México ante la situación que vivimos, es nuestra gente, especialmente los excluidos, ellas y ellos son los que no están interviniendo en la planeación de este país que cae en picada y va a la bancarrota. Está claro que quienes deciden todo lo que en este país acontece de desastroso y depredador, son las personas que ostentan el poder político y económico, a quienes se alía el poder amenazante que viene de la ambición del dinero fácil y se conforma dentro de las filas de las mafias de la economía criminal y la criminalidad económica. Nuestros campesinos a los que se les niega acceso a procesos productivos dignos en el campo, que en una masa muy considerable desde hace muchos años se ven obligados a desplazarse a las ciudades para contratarse en las empresas, donde se encuentran con salarios miserables, sindicatos corporativos corruptos, y que empiezan a sobrevivir en las zonas urbanas en condiciones cada vez más difíciles. En ellos, en los trabajadores despojados, en los campesinos despreciados, tenemos una raíz de la sabiduría que contiene un sentido verdadero de la vida humana, que heredamos de los pobladores originarios de México.

Quienes conservan las culturas de esos pueblos, han sobrepasado en la historia de México situaciones adversas. En efecto, en los 18 millones de indígenas que viven dentro de su cultura originaria, que conservan sus lenguas y modos propios de organización social, de manejo y cuidado de la tierra, del agua, del bosque, que son quienes del modo más digno, en estos momentos están resistiendo contra las empresas que, apoyados por nuestros gobiernos neoliberales nefastos, apoyan a las multinacionales que vienen a implantar mega proyectos, que contaminan y destrozan el medio ambiente, en esas hermanas y hermanos, en cuyo corazón palpita el verdadero sentido de la vida humana en la tierra, se refleja la riqueza humana heredada de nuestros ancestros, que nosotros podemos sacar desde nuestra sangre y nuestras entrañas para construir el México que anhelamos.

Oficialmente se contabiliza como comunidades indígenas a las comunidades monolingües, que son esos 18 millones de quienes estoy hablando, pero si nos vamos a los indígenas bilingües, el número de pobladores que viven dentro de esa cultura, llega a 36 millones, y si tomamos en cuenta a todos los hermanos que conservan en su mente y en corazón la cultura de nuestros antiguos padres, llegamos a tener más de la mitad de los mexicanos viviendo todavía en la herencia grande que nos heredaron los antiguos dueños de estas tierras. No obstante que la Constitución de 1917, producto de la Revolución Mexicana contra la dictadura de Porfirio Díaz, logró restablecer un uso comunal de la tierra, que recuperaba la costumbre que los pueblos indígenas tenían antes de la colonización del Imperio español, la reforma del Artículo 27 constitucional de la propiedad de la tierra ejidal y comunal, supuso para los trabajadores del campo una expropiación de derechos y garantías sobre el uso y pertenencia de la tierra y sus recursos, tal reforma fue presentado como una parte de las pretendidas políticas de desarrollo, cuando en realidad fueron verdaderas acciones de despojo a las que se ha proporcionado cobertura legal.

No solamente ellos, los campesinos, han sido expulsados del acceso al desarrollo y a la vida digna, sino tantas personas que hace 50 años formaban parte de una clase media, que constituía la base más fuerte de la fuerza laboral en esta patria nuestra, poco a poco han sido desplazados y abiertamente se les quiere expulsar de cualquier oportunidad de desarrollo y mejoramiento de su condición de vida. La destrucción de nuestra clase media en México la han venido realizando autoridades de diferentes gobiernos, mediante el desmantelamiento de las garantías legales, especialmente con sucesivas y continuas reformas constitucionales, que han ido implicando una pérdida de los derechos de la población, mientras han venido aumentando las garantías para las empresas transnacionales o las élites económicas. Las decisiones políticas que están comprometiendo el futuro de México son tomadas por autoridades elegidas, que de manera corrupta obedecen a criterios e intereses de su propio beneficio o son parte de las políticas de empresas transnacionales que buscan maximizar sus beneficios, a costa de las nuevas generaciones de mexicanos. Ejemplo patente de estas atrocidades nos la dan en estos momentos, por poner algunos ejemplos, la reforma a la ley laboral, contenida en el Art. 123 Constitucional, la reforma energética y la reforma educativa.

Estoy en Oaxaca, donde la resistencia a la reforma educativa tiene una especial relevancia, quiero rendir un especial homenaje a las maestras y los maestros, quienes vivimos nuestra educación a partir de los albores de la primera mitad del siglo XX, guardamos en nuestra mente y en nuestro corazón la figura venerable, respetada y querida de la maestra y el maestro. Era un México integrado por los vínculos que se establecían entre el maestro y el alumno. En todos nosotros que avanzábamos por las distintas etapas de nuestra formación había un destello de esperanza, de crecer y formarnos, de ser mejores y capacitarnos para el servicio a las y los demás. Las maestras contribuían a crear en sus alumnos estas expectativas.

¿Por qué esa cultura? Porque por la mente y el corazón de muchos mexicanos pasaba el ideal de un futuro mejor. Las oportunidades de formarnos, eran posibilidades reales para muchos. ¿Por qué estoy recordando esto? Porque en toda esa gente que hoy no cuenta, subsiste un anhelo por un México diferente y una vida distinta y esa es la gente que tiene que contar ahora para nosotros. Estoy en un ambiente académico, en un ambiente universitario y, puedo decir, que mi forma de pensar el día de hoy, la adquirí siendo parte de los estudiantes universitarios; de la generación del 68. Si algo me hizo cambiar fue reconocer en ese momento el contributo valioso que

para mi formación académica en una institución universitaria pública, provenía de los campesinos, los obreros y las personas más sencillas y menos favorecidas dentro de la estructura social del México de entonces.

Desde la perspectiva de los pobres, yo entendí cómo la configuración de nuestra patria empezaba a descomponerse. Entendí que desde el ámbito de quienes buscan el poder económico y político provenía tal resquebrajamiento, entendí que en mi país se empezaba a tomar decisiones erróneas. El campo se abandonaba, se empezaba a crear, de manera artificial y sin bases, un país industrializado, y ya se asomaba el callejón oscuro hacia el que nos dirigían. Los condicionamientos que desde el ámbito internacional se nos venían encima, anunciaban la pérdida de nuestra libertad, lo que nos hacía ver un futuro menos promisorio. Esto explica el movimiento estudiantil de 1968. Después de la masacre de Tlatelolco el 2 de octubre, para disgregar el movimiento estudiantil, empezamos a ver cómo se configuraba un México subterráneo en donde desde lo escondido se optaba por un México diferente, incluyendo a jóvenes que decidieron optar por el cambio desde un movimiento armado.

La generación actual entre quienes se encuentran ustedes quienes están frente a mí, nos toca vivir en medio de una debacle en el orden político, económico y social de nuestra patria, junto con otros países de América latina. Ante nosotros se levanta un escenario que nos ofrece la oportunidad de ser grandes, de pasar a la historia como una generación que supo dejar una huella en su presente, que le dio un impulso al futuro para lograr un cambio. A partir de la conflagración que representaron las dos guerras que vivió el mundo en la primera mitad del siglo XX, se ha dado un avance significativo en la comprensión de un verdadero orden internacional que nos lleva a la paz y al desarrollo integral, expresado esto en primer lugar, en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Esta flor del derecho internacional, que brotó desde la sangre derramada en dos guerras mundiales, ha dado sus frutos en Convenciones y Pactos Internacionales para defender los derechos humanos en distintos rubros de diversos grupos sociales, haciendo hincapié en las personas y los grupos más vulnerables. Hoy contamos con una cobertura a nivel internacional de principios que han sido establecidos a partir de un humanismo profundo para proteger la vida en todos sus ámbitos y en todas sus vertientes.

No es imposible cambiar el rumbo de la historia y el rostro de la humanidad, como tampoco lo es para el caso de México. Pero tenemos que poner nuestros ojos ahí en donde está el verdadero modo de vivir y convivir, el verdadero modo de intercambio de saberes, ahí donde se establecen vínculos que comprometen los unos con los otros, tenemos que llegar a donde se construyen historias verdaderas que producen vida, amor, alegría, paz, solidaridad abierta a todas y todos. Construir todo esto no es imposible de alcanzar, porque ya existen muchos espacios donde esto está pasando, muy especialmente en donde se resiste a los embates de la ambición del capital neoliberal, por apropiarse del agua, del bosque, de la tierra y de todo lo que produce vida. Para ello tenemos que luchar contra los criterios equivocados para relacionarnos, dejar de ver diferente a las personas, como si fueran personas descartables, con las cuales no tenemos por qué buscar contacto alguno y hacia quienes no tenemos obligación alguna, y lo que es peor, creer que esa persona no me va a aportar nada. De ahí nacen todas las fobias, cuando nos sentimos autosuficientes y creemos que el campesino, el homosexual, el indígena, el migrante, la mujer, la senectud, son personas ante las que podemos pasar de largo.

Nuestro cambio debe ser hasta el punto en que comprendamos de que solamente todos juntos, queriéndonos y respetándonos, aceptándonos, conociéndonos, amándonos, apreciando la riqueza que todos ser humano tiene, saldremos adelante. La diversidad es algo que caracteriza a toda la familia humana y así ha pasado a lo largo de la historia. Hoy nos fascinamos ante las construcciones que realizaron nuestros antepasados, vencieron los obstáculos, midieron con exactitud los movimientos de los cuerpos celestes y fueron capaces de transportar enormes masas de piedra para edificar sus edificios. Todo ello nos admira.

La humanidad se ha construido así, cada generación ha aportado su riqueza, nosotros como país tenemos obligación de aportar al mundo lo que nos han heredado quienes han consolidado nuestra patria en los distintos momentos de su historia. Para llegar a la paz que todos anhelamos, que tiene su fundamento en la justicia, es muy importante que la diversidad entre todos los grupos, sectores, pueblos, de nuestra patria, la veamos como una oportunidad para, con tan variadas riquezas, lleguemos a ser un país unido en la verdad, en el amor, en la libertad y en la justicia.

La diversidad de nuestro mapa social es una oportunidad, no un obstáculo

Quisiera traer a la memoria la parábola que conocemos como "El Buen Samaritano", en la que un maestro de la ley cuestionaba a Jesús en cuanto al camino que debería seguir para alcanzar la perfección, cuando salió el asunto de que debería, según la ley de los hebreos, amar a su prójimo como a sí mismo, preguntó a Jesús "¿Y quién es mi prójimo?". Para responder, Jesús contó un relato de un hombre que iba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos bandidos quienes le despojaron de sus bienes, lo golpearon y lo dejaron medio muerto a la orilla del camino. Pasaron por ahí en distintos momentos dos ministros del templo de Jerusalén y ambos rodearon al hombre caído para seguir con su camino, pero también pasó un samaritano, que ante los judíos eran personas paganas e idólatras, y fue este último quien se compadeció del malherido. Se detuvo, se bajó a ayudarlo, con vino y aceite le empezó a atender las heridas, se las vendó, lo tomó en sus brazos, lo subió en su cabalgadura y lo llevó a la posada vecina, ahí cuidó de él ese día, y al día siguiente, antes de salir, dejó dinero al posadero para que le siguieran atendiendo, prometiendo a su regreso, pagar los gastos que fueran necesarios hasta que se recuperara. Entonces Jesús le preguntó al legista cuál de los tres transeúntes le parecía que se había comportado como prójimo ante el hombre asaltado. El maestro de la ley respondió diciendo que el samaritano había actuado con misericordia, así que Jesús le pidió que hiciera lo mismo.

Pensemos qué reflexión hicieron los ministros de la ley al ver al hombre que al pie de su camino estaba golpeado. ¿Por qué no se detuvieron estos dos primeros? ¿No pudieron dedicar un minuto a pensar en el contexto de vida de aquel hombre; si moría a quién le haría falta, qué puesto de servicio en la sociedad dejaría vacío? y principalmente, ¿no recordaron la dignidad que como persona tenía ese hombre que merecía atención y cuidado de sus hermanos? Para estos dos sus intereses, sus necesidades y sus propias personas eran lo más importante; sus propias ocupaciones, su tiempo, el prejuicio de ayudar a un posible un pagano, y la duda que hubiera podido surgir en alguna autoridad del lugar sobre si ellos hubiesen sido quienes lo golpearon y arrepentidos le atendieran después. Cuando el evangelio dice que lo rodearon y pasaron de largo, se describe la lejanía que había entre el egoísmo de uno, frente a la necesidad del otro. Por eso Jesús usa el término prójimo para aplicarlo en esta historia, para hablar de quien se sintió próxi-

mo y cercano a él. El hombre de Samaria se bajó, se arrodilló y se hizo cargo de quien hasta entonces era extraño, hasta que vió que su vida ya no corría peligro, pues padeció con él lo que había sucedido; desde el corazón se acercó al sufrimiento y dolor, y puso todo su empeño para remediarlo.

La situación nacional que estamos viviendo también nos permite reflexionar quiénes actúan como prójimo en este país. En este país, en donde de norte a sur, de este a oeste, somos hermanos, con diferencias, con rasgos y características totalmente opuestas, pero hermanas y hermanos todos importantes y necesarios para continuar el día. Nada hay más importante que colaborar con, para y desde las demás personas cada día. Todas y todos somos importantes, todos tenemos grandes cualidades para ponerlas al servicio de nuestros hermanos y de la construcción de esta nación. Si queremos unirnos hombro con hombro para levantar a nuestra patria, tenemos que despojarnos de nuestros prejuicios y sentido de superioridad y de nuestra supuesta autosuficiencia, para sentir la necesidad de aprender de la otredad. Existen dones y potencialidades en otras y otros, necesarias para la reconstrucción de este país.

Todas estas personas que cada día se van aislando como un grupo superior a todos los habitantes de México, al que no le importamos el resto de los mexicanos, no se dan cuenta de que ellos mismos perecerán ante la desgracia que perpetran contra las y los demás, y se volverá contra ellos, que la han edificado. Es una locura pensar que esta destrucción no les va a alcanzar a afectar, que los grandes poderes económicos y políticos del mundo a cuyo servicio se han puesto, abandonando al 99% de los mexicanos y construyendo un país al servicio de los grandes capitales, va a salir adelante, abandonando el establecimiento de la justicia y el derecho en nuestra patria, ésta no va a subsistir ni para ellos ni para nosotros. Hoy más que nunca tenemos que entender que el camino a la paz está en nuestra capacidad de unir las diversas riquezas que representamos cada persona, cada hogar, cada sector, cada pueblo, para la reconstrucción y refundación de nuestra patria. La paz no llegará nunca a estar cerca de nosotras y nosotros, mientras no seamos capaces de construirla de manera colectiva, tomados de la mano, con un grande respeto por los saberes de las demás y con gran entusiasmo de que todas y todos tendremos acceso a una vida digna, plena y feliz que no sólo está en la inspiración de nuestro corazón, sino que es un mandato de nuestro Dios, y además un derecho que debemos conquistar.

*"En las condiciones actuales de la sociedad mundial,
donde hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables,
privadas de derechos humanos básicos,
el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia,
en un llamado a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres" (LAUDATO SI'. 158)*